

## Leña Húmeda

Por Paula Smith

Como cada mañana, la señora Fresia se levantó temprano. Era un día típicamente sureño. La casa y el pueblo en general estaban sumergidos en una suerte de nube densa que formaba la neblina en el albor del día. Al ver el vaho que salía de su boca, lo primero que hizo la señora Fresia fue amontonar unas astillas para prender la cocina a leña y así temperar parte de la casa, pero esta no prendió. La leña estaba húmeda. Se dirigió al patio a ver si encontraba alguno que otro palo que le fuera útil, pero fue en vano. No obstante, por medio del descascarado agujero de la pandereta, logró observar la imponente leña seca que su vecino estaba utilizando para hacer un radiante fuego en la cocina que había pertenecido a tres generaciones antes que él. Una cocina sucia y oxidada, pero cumplía su función.

Así, mientras la lluvia caía sobre la cabeza de la señora Fresia, formando un velo de novia que siempre soñó tener, esta decidió pedirle a su vecino que le regalara unos cuantos palitos, ya que el camión de la leña no pasaría hasta en un mes más. Escaseaba la leña. Esto ocurrió porque las personas compraron de forma masiva, ya que habían anunciado una aterradora pandemia. La señora Fresia se preguntaba cuál era la relación entre el virus y la leña. Tal vez había una cura secreta de la cual no estaba enterada o quizás porque el susto y la incertidumbre lleva a la gente a asegurarse con lo que sea. En fin, como se acordó del bicho ese, prefirió no hablar con su vecino por miedo al contagio.

Pasaron las horas y el frío se hacía insuperable en la casa de la señora Fresia. Intentó hacer fuego otra vez con la leña húmeda, pero nuevamente no hubo resultados. Se sentía francamente derrotada, helada y con hambre. Fue entonces que se le ocurrió una idea bastante vandálica e ingenua. Iba a robarle leña al vecino. Así, sin tapujos. El problema era de qué forma llevarlo a cabo sin ser descubierta. Finalmente, se dispuso a hacerlo como en las películas. Se puso un pantalón, abrigo, zapatos y gorro negro y una mascarilla, por supuesto, negra también. Ya con la tenida de combate lista, trepó la pandereta y se posicionó en el techo del vecino. Cual güiña comenzó a descender desde lo alto.

Se afirmó con una mano y, con la otra, la estiraba para alcanzar unos cuantos palos de leña. Contaba ya con los suficientes para volver. Sin embargo, se percató de que no tenía cómo llevárselos, por lo que cuidadosamente los fue colocando uno a uno en el suelo. No se dio cuenta que los iba apilando en un profundo charco de agua que crecía cada vez más con la interminable lluvia. El resultado fue, otra vez, leña húmeda.

Una vez que volvió a su patio y se enfrentó a la situación que había provocado, lo primero que hizo fue sentarse a llorar. Llorar y llorar hasta humedecer aún más aquella leña robada. Llorar de frío, llorar de hambre, llorar de frustración por la incesante pandemia y sus consecuencias. Pero como la señora Fresia no es una persona que se rinda fácilmente, tomó sus lágrimas y volvió a delinquir. Total, qué le hace el agua al Chao pesca'o, se dijo a sí misma.

Nuevamente trepó la pandereta y se subió al techo del vecino. Sacó la leña necesaria y procedió a volver. No obstante, comenzó a sentirse culpable y el cargo de conciencia se hacía notar. Así, decidió ir a pedirle unas sinceras disculpas a su vecino, por lo que salvajemente saltó del techo al patio delantero y cayó justo frente a la puerta principal. Desde allí vio por la ventana que el vecino le hacía señas de no entrar. Ella creyó que era una clara invitación a pasar e intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada. Puesto que el vecino persistía con las efusivas señas, la señora Fresia mantenía la idea de ingresar a la casa. Pero ya no entendía si eran gestos de invitación o de rechazo. Probablemente la habían descubierto y ella necesitaba aclarar los hechos. Así que, sin más, hizo su ingreso descaradamente por una ventana que se encontraba abierta en el segundo piso. El problema no era cómo subir, pues ya conocía muy bien el camino de la pandereta y el techo. De esta forma, aterrizó en el segundo piso de la casa del vecino cuando este subió corriendo.

Entre el arrepentimiento y la angustia, la señora Fresia lo abrazó y le suplicó perdón. El vecino, desesperadamente, la soltó. Le dijo que está enfermo de Covid-19 y ahora, al convertirse en contacto estrecho, deberá hacer cuarentena. Para cuidar a la comunidad de un eventual contagio decidieron permanecer en la misma casa. Finalmente, la señora Fresia y el vecino Roberto, pasaron los días de encierro juntos, y, lo más importante, con la leña seca, que efectivamente prende una acogedora llamarada. Y quién sabe, quizás, si es el nacimiento de una particular historia de amor.